

furioso, solitario, entristecido, abandonado de los que explotaron su traición, fue caminando lenta y tristemente hacia la tumba aquel sombrío Caín !

La América contempló indiferente esa oscura agonía !

¡Al fin murió!

Mas, ¡ay! ni bajo la losa del sepulcro hallaría calma porque, como al fratricida de la leyenda, si abriera los ojos en el fondo de la tumba, vería sobre él, fijo, centellante, severo, el ojo formidable de la historia.



GUZMÁN BLANCO

Este no es un tirano trágico, es un tirano cómico.

Carece de majestad, porque carece de seriedad.

No tiene grandeza, sino boato : su gloria se compone de hipérbolos con átomos de verdad.

Hay mezclado á su brillo real mucho oropel, y aparece en la historia con el aparato de un rey de melodrama.

Queriendo hacer el Talma hizo el Coquelín de la política.

Los rasgos distintivos de su carácter fueron: la vanidad y la avaricia: á ellos sacrificó sus cualidades de mando.

¡ Pedantesco hasta el ridículo, avaro hasta el exceso.

Para él, el poder no fué sino un escenario y una mina: representó y explotó.

La naturaleza le dio figura imponente, y él, por hacer el Júpiter Tonante, la hacía ridícula; tenía hermosa y clara voz, pero gustaba de ahuecarla para asustar á sus políticos rurales y á sus generales de parroquia, y la hacía entonces campanuda; su mirada era imponente, mas por hacerla investigadora y terrible la tornaba en una de basilisco, como para terror de escolares; caminaba como un rey de teatro en los salones de la Casa Amarilla, y á fuerza de estudiar posturas y ademanes, concluyó por hacerse soberanamente ridículo.

Tenía modales de diplomático, y usaba interjecciones de soldado. Tenía audacias de loco, mezcladas á puerilidades de niño.

Se vestía á veces como un fante; decia en cartas groseramente escritas y torpemente publicadas, que los mariscales del primer imperio francés no le daban á la cintura; criticaba á Bonaparte; hablaba de batallas campales con admirable desenfado sin haber visto nunca una; se hacía colocar en una misma medalla con Bolívar; se hacía dar de

sus adeptos títulos pomposos, que colmaban lo ridículo; se hacía levantar estatuas, y se mandaba pintar en una basilica con manto y túnica de evangelista...

No entendía nada de milicia, pero se hizo titular *general*. No entendía nada de derecho, pero se hizo dar el grado de *doctor*. No sabía gramática, pero se hizo nombrar académico. La culpa no es toda de él.

Al lado de estas ridiculeces y estas audacias, es indudable que había en él dotes de mando.

Dice Chateaubriand que hay unos hombres que hacen las revoluciones, y otros que se apoderan de ellas: á estos últimos pertenece Guzmán Blanco.

Figura secundaria y casi oscura en la guerra de la Federación, muertos ó desaparecidos los grandes caudillos, careciendo el partido vencedor de hombres de gobierno, él apareció en el momento preciso, para arrebatár la república á la turba de caudillos, que sin verdaderos ideales, sólo aspiraban á poseerla por premio á su coraje.

No concluyó, como muchos lo han dicho, con el caudillaje, sino que lo organizó bajo su férrea mano.

Llevó la república, del campamento al capitolio. ¿ En poder de quién habría caído ésta, si Guzmán no la hubiera arrancado de manos de ese tumulto de soldados victoriosos?

Su brillante dictadura habría sido reemplazada

acaso, por la de algunos de esos generales sin cabeza y sin carácter que fueron luego por turno escabel de su dictadura, restos venerables, náufragos de aquella guerra, á los cuales se les vió después como desconcertados en la política, sirviendo de ejemplo de revoluciones, que cuando no terminaban en una infidencia, expiraban en una catástrofe!

En cambio el despotismo de Guzmán ha sido el único despotismo fecundo en América.

Oprimía, es verdad, pero no como una losa de sepulcro, con inmensa pesadumbre, proyectando la sombra y causando la asfixia, sino como un jinete oprime los lomos de un corcel indómito, al aire libre, al horizonte abierto, andando siempre, avanzando cada día, y sorprendiendo con un progreso al brillo de cada aurora.

Nada de estancamiento, nada de retroceso.

Hacienda, ejército, instrucción pública, clero, todo lo regimentó. Y á su impulso poderoso la república extenuada recobró sus fuerzas; la hacienda pública salió del caos; el crédito nació; hubo como raudales de oro, y el pueblo despertó al rugido de las locomotoras que cruzaban las altas sierras y los profundos valles.

Guzmán oprimió, pero á plena luz. Ni un jirón de sombra arrojó sobre el pueblo.

Él no aspiró, como otros, á oscurecer para reinar. Parecía desafiar la misma luz con su poder.

Á semejanza de Mosquera y Porfirio Díaz, some-

tió la tumultuosa y oscura falange de los curas, haciéndoles sentir sobre sus cabezas unguidas la mano del poder.

Como bandadas de lechuzas sorprendidas, salieron los frailes de sus conventos cuando el audaz mandatario escaló las alturas del capitolio.

Sobre las ruinas de templos que eran sarcasmo del arte, levantó teatros que son orgullo de él; y sobre las ruinas de los conventos, asilos de la holgazanería, alzó edificios que hoy son asilos de la ciencia, y templos de la ley.

Acaso no hay tradición de gobierno más progresista en estos países americanos del Sur.

Es la figura menos sombría entre estos déspotas, Es el tirano menos sanguinario de la América.

No se le puede imputar sino un asesinato: el de Matías Salazar. Y, sin embargo, tuvo bastante talento para marcar con aquella sangre la frente de todos sus generales.

Eso no lo salvará ante la historia.

Napoleón encontró quien juzgara al duque de Enghien; Bolívar halló quien juzgara á Piar, y la historia no ha absuelto esos asesinatos. Hallar cómplices no es ser inocente.

Guzmán es un compuesto de sombra y luz, con mayor suma de claridad.

Al desaparecer de la escena no dejó en pos de sí la sombra y el atraso, sino luz, mucha luz en el horizonte.

Como tirano no tendrá nunca perdón.

Como hombre de progreso merecerá siempre admiración.

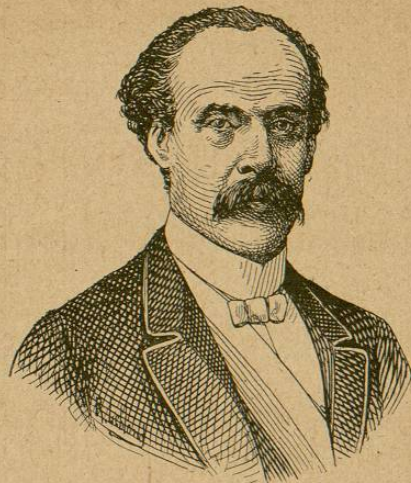
El derecho humano no le debe nada.

El progreso material le debe mucho.

El progreso puede tener para su nombre himnos.

La libertad sólo tendrá para su nombre maldiciones.

Y no hay grandeza posible fuera de la libertad!...



BALMASEDA

Hé aquí el grande extraviado.

Tiembla la mano al escribir su historia, y el labio al maldecirlo se estremece.

Oh! supremo desvanecimiento de una grande alma, súbito extravío de una conciencia, desgraciado eclipse del bien, espantoso desmayo de una virtud!

En presencia de la infausta dictadura de este grande hombre, al verlo marchar así al abismo, impulsado por la fatalidad, se siente algo de la

dolorosa impresión del que ve desde la playa un buque arrastrado por el viento, lanzarse hacia el escollo; el pavoroso recogimiento del que inmóvil presencia desde la orilla la imponente y trágica escena de un naufragio! Contemplándolo se siente el estupor de las grandes catástrofes!

Al verlo hundirse tras su corta y tumultuosa lucha, el horror se torna en severa melancolía, y tristes pensamientos, como los que surgen á la hora del crepúsculo vespertino, se apoderan del alma impresionada.

Repasando la agitada vida pública de aquel hombre, se cree escuchar en ella algo como el rumor oceánico de las multitudes atenienses, el tumulto del foro romano, y el ruido de nuestras modernas democracias: fue una vida de combate.

Tribuno á quien los acontecimientos hicieron dictador, su papel es único en la historia americana.

Orador — grande orador, — periodista en la excelsa altitud del vocablo, escritor eminente, hombre político en toda la extensión de la palabra, José Manuel Balmaseda siempre será, á pesar de sus sombras, una de las más altas personalidades de la América latina. Nada faltó á su grandeza, ni la dignidad de la caída.

Por más de quince años fue en el Parlamento chileno el verbo de la democracia, el paladín del liberalismo avanzado, y cuando el partido ultra-

montano por los labios de Walker Martínez, como el loco que azotaba el océano, pretendía abofetear el progreso humano, el liberalismo escuchaba vibrar la voz sonora de Balmaseda, proclamando con viril entonación las excelsas doctrinas de la escuela radical.

Así, cuando llegó al poder, toda la democracia americana alzó las manos para aplaudir: sólo el conservatismo, hosco y mohino, bajó la frente y devoró aquella victoria como una copa de hiel.

Su venganza no se hizo esperar largo tiempo. En mayoría en las cámaras legislativas y en las cortes de justicia, los restos poderosos del partido conservador hostigaron al presidente, le obstruyeron el camino de la legalidad, y por tan maquiavélicos fines lo lanzaron á la dictadura... Después, le hicieron la guerra.

Y aquí comienza el eclipse!

La Libertad oculta el rostro, y se la oye sollozar.

Aquella dictadura pasa por el horizonte de la historia como un relámpago, fugaz, brillante, rojiza y destructora.

Al fin se hundi6, con el horrible estruendo de un edificio inmenso consumido por las llamas.

Aún, con los postreros fulgores, y en medio de las humeantes ruinas, se vio serena, imperturbable, la figura del imponente dictador.

Después... desapareció!

Había en el gran teatro de Atenas un tel6n, al

fondo del escenario, el cual cuando era necesario hacer aparecer las flotas que recordaban el heroísmo griego, ó la partida de algún caudillo que se confiaba á la movilidad del tembloroso oleaje, se recorría, dejando ver en su severa majestad el verdadero y admirable mar de Grecia, con sus ondas azules irrizadas, en las cuales, como flores flotantes titilaban las estrellas, ó amenazante y fiero, llenando la sala con sus rugidos, si el ala de la tempestad acababa de pasar sobre él... Pero siempre allá en lontananza la proyección de la vela de alguna nave, cual silueta de garza fugitiva, bañada por los rayos de la luna, ó envuelta en el fragor de la tormenta, avanzando hasta perderse en la inmensa amplitud del horizonte!

Así Balmaseda, en el último acto de su espantoso drama, recorrió con atrevida mano el telón tras el cual se extiende mudo y pavoroso el hondo mar de lo desconocido, y severo, imponente, sin doblar la cabeza, se hundió majestuosamente en las espesas sombras de la tumba, y, como alguien dijo de Lucrecio, se embarcó en el ataúd, y desatando por sí mismo la amarra, empujó con el pie esa barca á la cual mece desconocido oleaje...

Su desaparición en el horizonte tiene la inmensa proporción de un eclipse.

Á la epopeya del pueblo contestó con el horror de la tragedia. Pelea de águilas; el pueblo y el tirano ambos lanzaron gritos épicos. Son los dos

extremos de esa lucha grandiosa: el heroísmo del pueblo abajo, y el heroísmo del tirano arriba.

Á la imponentia de la ronca marejada humana que avanzaba contra él, escupiéndole la espuma de su rabia, el gran culpado respondió arrojándole al rostro la espuma de su desdén, y como un condenado en la roca Tarpeya, se lanzó al abismo... La ola se detuvo.

El ruido de aquella caída apagó el de aquel tumulto.

No fue sino una detonación, pero tuvo el eco inmenso de un trueno en la soledad. Doquiera se escuchó como la repercusión del tiro que rompió el cerebro poderoso del dictador chileno.

Salir de la vida por la puerta del suicidio es siniestro, pero en ciertas ocasiones es grandioso.

El fin de aquella lucha tiene un sabor griego clásico: parece ideada por Sófocles.

Así desaparecían los héroes homéricos.

Balmaseda sobrepasa, en todo, las proporciones de los tiranos vulgares de América.

No pertenece á esa morralla oscura de ambiciosos, plebe de tiranuelos; no es de la estofa de los Núñez, los Rosas, los Anduezas, los García... descuellas sobre ellos con una majestad de roca en el desierto.

¿Cuál tan brillante como él?

¿Cuál otro ha tenido el valor de no sobrevivir á su caída?

¿Cuál de ellos ha puesto fin á su existencia odiosa de manera tan viril?

¿Cuál moriría como él, con un revólver sobre la sien y quinientos pesos por todo capital?

Rosas huyó á Inglaterra, repleto de oro; Francia murió lleno de miedo, solitario, como un eremita. García Moreno, de rodillas, pidiendo perdón. Núñez temblando de pavor, entre el remordimiento y los restos de su rapiña. Guzmán Blanco en París en la insolencia de sus inmensos peculados...

¿Cuál osaría compararse á Balmaseda?

Ninguno.

Y, sin embargo, á pesar de su grandeza personal, la historia tiene que maldecirlo.

Oh! sí, maldito sea por la sangre derramada, maldito por la libertad violada, maldito por el derecho escarnecido!

La historia no puede tener contemplaciones.

El crimen es una mancha, que lejos de palidecer, crece y se extiende con la muerte y con el tiempo, y al fin cubre el rostro y borra casi la figura humana.

La historia es implacable.

La justicia no tiene corazón. Hiere sin inmutarse, hasta la cabeza de sus hijos, como el primer Bruto.

La historia, acercándose á la tumba de Balmaseda, escribirá en ella esta horrible palabra: *Tirano*.

Después... sobre esa tumba derramará una lágrima.

Las lágrimas de la historia suelen aplacar á veces la conciencia indignada de los pueblos.

La religión podrá absolver algún día al suicida.

La libertad no absolverá nunca al tirano.

## MELO

No fue una dictadura, fue una aventura.

No fue un golpe de Estado, fue un golpe de cuartel, pero atrevido, generoso, brillante, no como aquel otro grotesco de la triste figura de Urdaneta, tumulto vergonzoso, en que surgió á una dictadura efimera, proclamada por pretorianos extranjeros, aquel servidor incondicional, manchado todavía con la sangre de Padilla, el Nelson colombiano.

La dictadura de Melo pasa por la historia con el sonido de una fanfarria guerrera, medianamente



pueril, llena de bordados, entre aclamaciones del bajo pueblo, y no sé qué vago sueño de poder de un dominador exótico.

Dictadura? Casi ni eso. Un tumulto militar, el festín de la fuerza, el sueño de un soldado, la tumba del militarismo en Colombia; la explosión del hecho y el triunfo del derecho; una página de historia romancesca, y una catástrofe fecunda.

César levantó el águila de los Gracos, ha dicho alguno; y yo diré que Melo trató de levantar la vieja águila de las dominaciones militares, el amellado escudo de los dictadores de cuartel.

Último representante de esa dinastía de heroicos guerreros, — que después de ayudar á libertar la patria, la creyeron libre, no por ellos, sino para ellos, eternos soñadores de gobiernos fuertes y monarquías irrisorias, cabezas besadas por la gloria y desvanecidas por la ambición, — Melo fue, como Iturbide, un dictador efímero, traidor á la libertad: fue como la sombra de Mario, apareciendo un momento entre el tumulto de sus legiones, y desapareciendo luego entre el polvo de la derrota.

Después de los tiranos de sacristía, no hay nada más odioso que los tiranos de cuartel.

Después de la insolencia estúpida del dinero, nada más depresivo que la insolencia de la fuerza bruta.

Como cada zona tiene su flora y su fauna propias, así en ciertas capas sociales se agitan elemen-

tos diversos, y las profesiones desarrollan distintas propensiones políticas.

La cátedra predispone á la elocuencia, el club á la demagogia, el claustro á la pereza, el cuartel al despotismo.

En los ejércitos están los dictadores como en estado *coloide*, esperando que haya un algo que los fecunde, buscando la zona política en que puedan desarrollarse y crecer. En el fondo de todo soldado se agita el germen de un déspota, más ó menos informe, pero siempre vivo. Habitados desde Alejandro á cortar el nudo gordiano sin desatarlo, son siempre dados á las vías de hecho, y refractarios á las soluciones del derecho. El hábito de la obediencia les forma la necesidad del mando: se vengan en los demás de su propia servidumbre.

Nada hay más peligroso para una democracia joven, que el mantenimiento de un ejército permanente. La libertad no duerme tranquila á la sombra de las bayonetas. La vecindad de la fuerza es peligrosa como la del mar: confiar en ella es dormir á la orilla de un abismo. El mar es invasor, y el abismo tiene la atracción del vacío: en el fondo de ambos duerme la emboscada.

Cuando una democracia duerme confiada en los brazos de un ejército, nunca faltan un Boulanger y un caballo negro para una intentona, un Santana, ó un Melo para un atentado.

En la América han pululado siempre los soldados ambiciosos de poder.

Raros ejemplos en su historia son: Wáshington, San Martín y Sucre.

Colombia ha sido en las repúblicas hispano-americanas acaso la que menos ha sufrido la opresión militar y sido víctima de ese atavismo dominador de los caudillos.

Santander era más un hombre civil que un guerrero, nunca tendió su mano contra la libertad, y por su respeto á ellas mereció ser llamado *el hombre de las leyes*.

Obando fue siempre un proscrito inocente que nunca osó poner su espada en peso con la patria.

López era la austeridad hecha hombre, y fue apellidado *el militar civil*.

Mosquera, el eminente hombre de Estado, cuyo carácter cesáreo hizo un día irrupción, pereció al golpe de su audacia, como un anarquista en cuyas manos hace explosión la dinamita con la cual piensa saltar un edificio.

Sólo Melo tuvo la inmensa audacia de levantar su espada y atravesar de parte á parte la Constitución.

Era comandante general del ejército, y gozaba en él de inmenso prestigio.

Un día asesinó á su propio ordenanza, y el Congreso pidió su remoción y que fuera sometido á juicio.

Entonces, para ampararse del castigo como asesino de un hombre, se hizo asesino de la libertad, y su espada, tinta en sangre del cabo Quiroga, se apoyó sobre el seno indefenso de la república.

Entre el general culpable y aquel ejército cómplice, dieron un golpe de cuartel.

Obando, aquel Edipo contemporáneo, tan inocente y tan trágico, tan noble y tan desgraciado, aquel hombre ídolo del pueblo, víctima de la calumnia, y que aparece como una esfinge ante la historia, fue aquella vez víctima ó cómplice del usurpador, y reducido por él á prisión, como presidente de la república.

Melo se hizo dictador.

Con un ejército de catorce mil hombres, brillante y adicto, se anunció un día á la república como su jefe.

El país indignado recogió el guante, y se lanzó sobre el usurpador.

El duelo fue corto y terrible.

Melo ejerció el poder supremo, pero de rara manera: fue un dictador inofensivo y noble, ni patíbulos ni proscripciones, ni atropellos, ni robos; nada cometió. Cayó vencido, pero no odiado; pobre, pero no manchado.

Su cerebro estrecho y débil, se desvaneció con el incienso; su alma se deslumbró con el brillo del poder, y deteniéndose como asombrado en Facatativá, inactivo allí, esperó en medio de sus pre-

torianos á que viniera á unirlo el óleo de la victoria.

La lucha fue muy corta.

Los generales melistas luchaban y vencían al principio en sangrientísimos combates, pero la ola de la legalidad que crecía aterradora los arrolló muy pronto llegando hasta el presunto dictador.

Melo despertó. Se había dormido en Capua, y despertaba en la espantosa noche de Filipos. No se arrojó, como Bruto sobre su espada, sino que se irguió soberbio en medio de la ruina, y luchó como un tigre acorralado.

Todo sangriento y ennegrecido por la pólvora, fue tomado sin rendirse cuando el partido constitucional tomó á Bogotá, donde él se defendió hasta el último momento.

Una vez vencido, fue sometido á juicio, y junto con el general Obando presidente, llevado al banco de los acusados, ante el Senado de la república.

Colombia tiene ese alto honor, esa inmensa y gloriosa tradición, de haber llevado al banquillo de los reos á los mandatarios que han osado sobreponerse á la majestad suprema de la ley.

Ella juzgó y desterró á Obando.

Ella juzgó á Mosquera, frescas todavía sus victorias, le arrancó del cinto la espada, y ya septenario lo arrojó por diez años fuera del país.

Ella, ante la sola idea de un desfalco, — del cual estaba inocente el presidente Otálora, — lo citó

como acusado ante el Congreso con todo su ministerio.

Y ella no olvidará la gloriosa tradición.

Y si la muerte no hubiera arrebatado al *tigre del Cabrero*, habría visto sentado en el funesto banco á Núñez el anciano déspota, el traidor vulgar, que arrojó un día desde los balcones del palacio de San Carlos á la jauría conservadora que aullaba hambrienta á sus pies, los pedazos de la Constitución que había jurado defender.

*La Constitución liberal ya no existe*, dijo él.

*La Justicia todavía existe*, le habría dicho el país el día de las grandes liquidaciones.

.....  
Melo fue sentenciado y desterrado.

Sobre un tambor, en un oscuro pueblo de México, expiaba después con su vida, aquel dictador proscrito, sus faltas á la libertad, su valor ilimitado, y su espíritu aventurero.

Aquel patíbulo no lo merecía el bravo militar, pero sobre él vagaba aterradora y terrible la sombra indignada de Quiroga.

La libertad perdona, pero la justicia no.